

¿CÓMO ENSEÑAR, FORMAR Y MOTIVAR EN LA UNIVERSIDAD FRENTE A LA CULTURA DE LO VISUAL Y DIGITAL?*

HOW TO TEACH, TRAIN AND MOTIVATE IN THE UNIVERSITY IN FRONT OF THE VISUAL AND DIGITAL CULTURE?

*Héctor Daniel Gattás***

Resumen: El artículo constituye una reflexión acerca de los profundos cambios tecnológicos y el giro cultural que se ha vivido en los últimos treinta años en el mundo y cómo han impactado los mismos en la enseñanza universitaria, particularmente en nuestro país. Frente a la irrupción de las Tecnologías de Información y Comunicación (TICs), nuestra Universidad se ve interrogada día a día por las nuevas prácticas estudiantiles vinculadas a su uso, y, en muchos casos, los Centros de Educación Superior se ven desbordados frente a un fenómeno que ha ido moldeando de una manera diferente la atención y la percepción de los alumnos frente a lo que los docentes -que generalmente no son “nativos digitales”- expresan en las aulas a través de sus “clases magistrales”, donde no sólo exponen sus conocimientos, sino también sus habilidades, su experiencia profesional y de vida. Producto de esta revolución tecnológica, y a pesar del reconocido valor extrínseco e intrínseco que tiene para un estudiante la relación estrecha y directa con su profesor, hoy en día se ha llegado a poner en duda el rol mediador del docente en la Universidad, olvidando que la enseñanza y el aprendizaje son procesos sociales y humanos por naturaleza, con una dimensión comunicativa e interpersonal muy necesaria para los actores e imposible de reemplazar por cualquier tecnología por más avanzada que ella sea.

Palabras-clave: Tecnología - Universidad - Pedagogía - Prejuicio - Docente.

Abstract: This report represents a reflection on the deep technological changes and the cultural turn that the world has gone through during

*Trabajo recibido el 24 de agosto y aprobado para su publicación el 14 de septiembre del mismo año.

** Doctor en Ciencia Política, profesor titular por concurso en la Cátedra de Economía de la Facultad de Derecho y Ciencias de la UNC, profesor titular de grado y posgrado en la UCC y en el Colegio Universitario de Periodismo. Autor de varios libros y artículos periodísticos. Premio UGARIT a la “labor institucional”. Constituyente Reforma de la Constitución de la provincia de Córdoba 2001. Correo electrónico: danielgattas@hotmail.com, teléfono 351-6561582.

the last 30 years, and how these changes have affected the University education, especially in Argentina. Facing the incursion of Communication and Information Technology (TICs, its acronym in Spanish), our University feels questioned every day due to the new students customs. In many cases, post-secondary institutions end up overwhelmed by a phenomenon that has been transforming students attention and perception towards classes. However, professors, who are not usually “digital natives” teach “master classes”, in which not only do they show their knowledge, but also their skills, and both their professional and lifetime experience. As a result of these technological revolution, and despite the strong extrinsic and intrinsic value that a close student-professor relation has for a student, currently the mediating role of the former figure in University its being questioned, leaving behind that both teaching and learning are social and human natural processes, with an extremely necessary communicative and interpersonal face which is impossible to replace, despite how advanced technology may get.

Keywords: Technology - University - Pedagogy - Prejudgment - Professor.

Educar, formar e informar en la Universidad, particularmente a jóvenes inquietos, que en el marco de una sociedad altamente tecnificada disponen de un conjunto de herramientas imposibles de imaginar en un pasado relativamente cercano, es un desafío pedagógico al que nos vemos expuestos día a día los docentes. El cambio tecnológico y el giro cultural que se ha vivido en los últimos treinta años obliga a quienes somos parte de la Universidad, sea pública o privada, a llevar adelante un debate diferente del que hasta ahora se venía planteando, ya que, en varios sentidos, se están poniendo en cuestión algunos de sus principios básicos, sus formas estructuradas de enseñanza y aprendizaje, su disposición organizacional y edilicia, así como las capacidades de quienes están al frente del aula en los procesos educativos.

Esto implica que las transformaciones tecnológicas imponen la necesidad de ir renovando, no sólo criterios “clásicos” de enseñanza, sino también el material de estudio que se pone a disposición de los estudiantes, de manera de motivar a los alumnos en busca de un mejor desempeño académico. Los jóvenes, hombres y mujeres ávidos de progreso, que buscan su asiento en un aula universitaria, no son sujetos pasivos y conformistas, aunque en algunos casos lo parezcan; por el contrario, son hiperactivos, están llenos de estímulos y cuando no ven satisfechas sus expectativas juzgan con dureza las reglas de procedimiento estructuradas sobre viejas prácticas educativas; no se puede olvidar que la gran mayoría de ellos provienen de la poderosa industria del “entretenimiento virtual” que tuvo origen en su niñez a través de los hoy “históricos” videojuegos, y llegan a la Universidad con experiencias que los han marcado y les han modificado su vínculo con la temporalidad a través de experimentar permanentemente con la excitación, el vértigo, la velocidad y el desciframiento de enigmas en el campo de lo “virtual”.

Ante una realidad tan elocuente, se hace muy difícil soslayar esta problemática en el ámbito de la educación. Tal como ha reflexionado el filósofo y lingüista norteamericano Noam Chomsky, debido al fuerte impacto de las nuevas tecnologías en el campo

de la educación, se hace menester “un buen uso de las mismas”; para que ello ocurra, lo primero que debería lograr el alumno universitario es un buen marco de referencia en el cual pueda moverse, para de allí en más buscar de manera adecuada la información y saber diferenciar entre aquella que sea veraz y correcta y aquella que no lo sea. Para ello necesita alguien capacitado que le enseñe a diferenciar entre la buena y la mala información, lo oriente y lo acompañe en la búsqueda de determinados objetivos vinculados a su carrera. ¿Quién mejor para esta tarea que su profesor? Es justamente él quien lo debe apuntalar en el proceso. Pero también hay que reconocer desde el inicio que para que los docentes puedan influir de manera positiva y eficaz en los alumnos, se tienen que esforzar y capacitar para poder manejar con solvencia las nuevas tecnologías. No es un camino sencillo, pues hay fuertes asimetrías generacionales entre los docentes, lo que genera en algunos sectores resistencia a incorporar tecnologías que no se comprenden o no se manejan adecuadamente; pero más allá de ello, hay que comenzar a recorrer con convicción este trayecto inicial, haciendo todas las rectificaciones necesarias para llegar a buen puerto.

Frente a la nueva realidad tecnológica, cruda e incontrastable, la Universidad se ve interrogada día a día por la irrupción de nuevas prácticas estudiantiles vinculadas a su uso, y, en muchos casos, los Centros de Educación Superior se ven desbordados y desorientados frente a este fenómeno que ha ido moldeando de una manera diferente la atención y la percepción de los alumnos frente a lo que los docentes (que generalmente no son “nativos digitales”) expresan en las aulas a través de sus clásicas e indispensables “clases magistrales”, donde no sólo exponen sus conocimientos, sino también sus habilidades, su experiencia profesional y de vida; producto de este verdadero galimatías que genera la tecnología, y a pesar del reconocido valor extrínseco e intrínseco que tiene para un estudiante la relación estrecha y directa con su profesor, hoy en día se ha llegado a poner en duda el rol mediador del docente, olvidando que la enseñanza y el aprendizaje son procesos sociales y humanos por naturaleza, con una dimensión comunicativa e interpersonal muy necesaria para los actores, e imposible de reemplazar por cualquier tecnología por más avanzada que ella sea.

Vale la pena en este párrafo hacer una advertencia al lector antes de seguir avanzando en el desarrollo del artículo; el objetivo de la misma es dejar a un lado todo tipo de prejuicio, ya que de ninguna manera la presente reflexión trata de poner en tela de juicio o juzgar como negativo el “progreso tecnológico”, que a riesgo de ser redundante es un “progreso” que maravilla día a día y que facilita tanto a alumnos como docentes herramientas magníficas para el aprendizaje y la formación; sólo que se hace necesario meditar por el bien de todos, sobre el “cómo” utilizar esos avances tecnológicos arrolladores, que de por sí son inevitables, en beneficio de la educación en general y de los futuros profesionales en particular.

Queda claro que en la actualidad la Web, y todo de lo que ella deriva, ha ido generando un entramado social y participativo en el que están todos inmersos e involucrados, sean alumnos o sean docentes; particularmente me refiero a los jóvenes, los cuales no se “conectan” en momentos determinados por una cuestión circunstancial, sino que están conectados de manera permanente y les cuesta mucho abstraerse de esa situación que es tan común entre sus pares, y que se ha convertido prácticamente en una adicción;

basta ver en las aulas el comportamiento de los alumnos, quienes le asignan un lugar privilegiado y primordial a los aparatos celulares, las tabletas y las notebooks. La gran cantidad de información inmediata que van obteniendo en ese mundo “virtual” en el que están inmersos la comparten con la misma celeridad en que la reciben, y el gran desafío es saber aprovechar ese impulso, esa inteligencia individual que se va convirtiendo en una fuerza colectiva para que de allí en más los desarrollos pedagógicos y los trabajos comiencen a hacerse en forma colaborativa. Por lo tanto el “nuevo aprendizaje” es socializado y a la vez autónomo, entre iguales (todos ellos con la misma jerarquía de seres humanos con derecho a aprender y a ser escuchados) y entre diferentes (por la distinta formación que traen de su paso por el nivel primario y medio).

Uno de los grandes riesgos de esa “virtualidad inmediata” es la tendencia a pensar que la fuente a la que se suele recurrir a través de los buscadores y páginas de la web con el objeto de conseguir información, aparece como “irrefutable”, y no se percibe, al menos en la mayoría de los estudiantes que penetran en ella, un “juicio crítico de credibilidad” frente a lo que se está viendo y leyendo. En muchos casos la fuente se toma como fidedigna por experiencias anteriores del propio sujeto en una determinada página, lo que le provoca “confiabilidad por repetición”; en otros casos la fiabilidad está basada en la sugerencia de otra persona a la cual se considera “confiable” por determinadas cualidades personales, lo cual permite transferir responsabilidades sobre la calidad de la información a un tercero. Aquí es donde aparece uno de los roles centrales e indelegables del docente, que debe orientar sobre la pertinencia y el valor de esa información; pero para que eso ocurra el profesor debe conocer aquel material cuya credibilidad está en duda, lo cual le obliga a tener un manejo de la tecnología que le permita llegar a esa fuente de la misma forma en que lo hicieron sus alumnos, de modo que la tarea se transforma en un aprendizaje permanente.

Al margen de todos los riesgos enumerados anteriormente, en principio, y al menos desde mi óptica, también sería un grave error circunscribir el debate entre tecnología y educación a un mero hecho cuantitativo, es decir reducir la problemática a cuánto conviene incorporar e invertir en “infraestructura de conectividad” para que la Universidad no pierda el tren de la historia; me parece que si bien el impacto económico de la incorporación de tecnología debe ser analizado seriamente, mucho más importante sería previamente comprender el “por qué”, el “para qué” y el “cómo” vamos a trabajar con ella; de esa manera, y si logramos responder con sentido común esos interrogantes, sin siquiera proponérselo lograremos una asignación eficiente de los recursos económicos que disponen las Casa de Altos Estudios, que de por sí son escasos; adicionalmente, este análisis permanente nos permitirá ir descubriendo también de manera paralela los procesos de aprendizaje que debería promover y profundizar aún más la Universidad, fundamentalmente aquellos que no son resueltos automáticamente por la tecnología.

Para decirlo en otros términos, la rápida introducción de las TICs (1), que fueron concebidas para contribuir al acceso universal a la educación, la igualdad en la instruc-

(1) Tecnologías de información y comunicación. Están constituidas por aquellas herramientas computacionales e informáticas que procesan, almacenan, sintetizan, recuperan y presentan información representada de la más variada forma.

ción, el ejercicio de la enseñanza, el aprendizaje de calidad y el desarrollo profesional y pedagógico de los docentes, no deben ser sólo producto de la presión social, la intencionalidad política de los funcionarios de turno y los recursos económicos disponibles, sino de la valoración que las mismas tendrán para la formación y la información de los futuros egresados. Por esta razón, y para no transitar este camino entre las tinieblas y la confusión, también se hace indispensable para la Universidad elaborar un criterio objetivo para medir sus efectos en el proceso educativo, ratificando lo que está funcionando correctamente, corrigiendo lo que hay que corregir y garantizando una asignación adecuada de esos recursos tecnológicos en los diferentes ámbitos universitarios. Se trata simplemente de reflexionar para tener un proceso de incorporación de las TICs basado en un enfoque estratégico, responsable y prospectivo de mediano y largo plazo, lo que no puede ser soslayado frente a los retos de la modernidad.

No se trata de encontrar una regla única y mágica para medir como ha impactado la incorporación de la tecnología al sistema o para cuantificar cuánta capacidad financiera y profesional de adoptar tecnologías ha mostrado la Universidad, sino que es necesario preguntarse de qué manera la comunidad universitaria, junto a los responsables de las establecer políticas de Estado (los gobiernos), las empresas, las ONG y la comunidad en general perciben este cambio, y particularmente, descubrir si todos esos actores son capaces de garantizar la preservación de todo aquello tan valioso que se ha ido construyendo a través de la historia de la institución, y que hace a su propia existencia; es decir que mientras todo ello va ocurriendo, la Universidad, sin descuidar su tradición, sus valores esenciales y la obligación de formar hombres y mujeres reflexivos y comprometidos, debe volverse una entidad más atenta y receptiva a la incidencia que tiene en su seno los fenómenos del progreso tecnológico, mostrándose flexible y amplia para dialogar armoniosamente con la nueva realidad y manteniendo activa su capacidad de innovación y progreso.

Con lo expuesto hasta aquí queda claro que la omnipresencia actual de las TICs en la educación se constituye al mismo tiempo en una oportunidad y un desafío, lo que nos obliga para no correr el riesgo de que sean consideradas un fin en sí mismo, a la urgente e indispensable tarea de encontrarles un sentido y un uso racional que permita construir sociedades más democráticas, más justas e inclusivas, particularmente porque estas formidables tecnologías no son la panacea "*per se*" y por más que uno así lo deseara o imaginara, no llegan, al menos por ahora, a todos por igual. Salvando la distancia, un ejemplo de riesgos y potencialidades de un gran progreso tecnológico fue el desarrollo nuclear, el cual trajo aparejado como una externalidad negativa preocupante la creación de la bomba atómica, a la cual le tememos porque puede terminar en un minuto con toda la humanidad; pero no por ello debemos dejar a un lado las externalidades positivas debido a su utilización con fines pacíficos y los enormes avances que permitió su aplicación en la generación eléctrica y en otras áreas muy sensibles, por ejemplo la medicina, a través de un manejo responsable del uranio y el plutonio. Usando una metáfora bastante sencilla, el bisturí es un instrumento, que utilizado por un médico puede salvar una vida, pero en manos de un asesino puede quitarla.

Dentro de esta compleja problemática vinculada a las TICs es interesante recordar que desde su penetración siempre se ha planteado como un hecho casi irrefutable que

la incorporación de las diversas tecnologías digitales en la educación contribuiría a la solución de los grandes desafíos que tenemos en ese ámbito; ahora bien, también hay que decir que forma parte del mismo debate la falsa dicotomía entre el “desarrollo con las TICs” frente al “desarrollo de las TICs”; se puede percibir que ambas expresiones aparecen como muy similares, pero la segunda se acerca más a una perspectiva sectorial vinculada a aquellos, empresas o particulares, que trabajan en mejorar las tecnologías día a día; y aunque parezca una cuestión menor y meramente semántica es muy importante la diferencia, ya que la primera, es decir el “desarrollo con las TICs”, concibe a la tecnología como un “medio” a favor de un desarrollo social, humano y económico más inclusivo, poniendo como objetivo principal la transición hacia una sociedad de la información que beneficie a todos; esta mirada se acerca mucho a la función que deberían tener las TICs en el campo de la educación, para que no existan exclusiones de ningún tipo. Por su parte, el “desarrollo de las TICs” se respalda en un concepto más de índole empresarial, pero no por eso menos valioso para el análisis general; tiene en cuenta la productividad y la eficiencia que se consigue a través del progreso, privilegiando el desarrollo tecnológico, no como un fin en sí mismo, sino como una condición necesaria para mejorar las técnicas de producción que posteriormente favorecerán a la sociedad a través de una mayor oferta de bienes y servicios. Si se observan y respetan ambos conceptos con un sentido integral, esta supuesta dicotomía puede ser comprendida y superada rápidamente, ya que se debe y se puede buscar el máximo aprovechamiento de las potencialidades que brindan estas tecnologías para enfrentar los grandes desafíos que nos presenta la agenda del crecimiento y el desarrollo de un país, pero sin perder de vista que su uso debe ser racional y responsable, de modo de no afectar las relaciones interpersonales propias de una comunidad que intenta no perder su espíritu.

Para hacer un análisis serio hay que insistir en el reconocimiento que, mal que nos pese, las Tecnologías de Información y Comunicación están atravesando nuestras vidas sin permiso alguno, cambiando la visión del mundo y haciéndolo cada vez más pequeño, modificando los patrones de acceso al conocimiento y de interacción interpersonal que fueron el sostén de la educación hasta hace treinta años atrás. Progresivamente se han ido incorporando en los diseños curriculares de todos los niveles de la enseñanza, sea formal o no formal. Esta incorporación tan acelerada tiene uno de sus pilares más críticos en la compleja formación de los docentes en el manejo de estas herramientas, tema no menor y sobre el cual la Universidad debe ocuparse y preocuparse; de lo contrario se daría una contradicción entre dicha incorporación y la falta de capacitación de quiénes serían los encargados de instrumentarlas. Lo que quiero marcar es que el proceso no finaliza cuando se incluyen las TICs en el ámbito universitario, sino que por el contrario es allí donde comienza. Es razonable que inicialmente estos espacios de formación se vean influenciados por los grandes dilemas que surgen de pensar a las TICs como objetos de conocimiento, pero este es un proceso lógico que dura hasta que pasa la perturbación, se las conoce y se familiariza con ellas; a partir de allí se las empieza a redescubrir como herramientas didácticas que vienen a reemplazar a otras que ya van quedando en desuso. Esto nos obliga a todos quienes somos parte de la Universidad a tener la mente abierta, ya que supone una necesaria deconstrucción del modelo de enseñanza clásico como un paso imposible de evitar a la hora de pensar

crítica y responsablemente en la inclusión de estas nuevas herramientas. No implica cambios abruptos en los modos de enseñanza, sino admitir que somos capaces de mejorar y generar un servicio más eficiente.

Como muy bien plantea Inés Dussel, investigadora de Flacso, *“existe mucha banalidad en pensar que la posesión de una netbook me abre la posibilidad a un régimen en el que todos participen, todos tengan acceso a distintos mundos, o suponer como factible el contacto con el científico más renombrado. Aun suponiendo que todo esto fuera posible (lo que ignora las enormes limitaciones que tenemos todavía en todos esos aspectos), no me parece deseable: creo que la mediación sigue siendo vital para acceder al conocimiento. Y, en ese sentido, tanto el docente como la escuela, en cuanto aparato cultural, siguen siendo piezas importantes, porque plantean códigos de selección y valoración. En Internet, en cambio, todo está en el mismo plano. En la escuela hay un ser humano que te escucha, te sigue a lo largo de un tiempo, selecciona materiales o contenidos que te pueden interesar, te sugiere lecturas y caminos, plantea las creencias y referencias culturales de este país, comparte algunos códigos y otros no, te contradice, te plantea desafíos; en fin, toda una serie de conocimientos que en algún lado hay que aprender. Y ese espacio lo ocupa la escuela. Esa mediación es vital, aunque seamos conscientes de que eso no siempre ocurre, porque la escuela hoy tiene problemas en cuanto a la calidad y relevancia de los contenidos que enseña”* (2). En verdad es tan claro y lógico el análisis de Dussel, que podría suscribir cada una de sus palabras, que si bien son expresadas pensando en la escuela en general, también son muy válidas para la enseñanza universitaria.

Las palabras de Dussel citadas en el párrafo precedente, apuntan a ponerle un freno a la preocupante y peligrosa teoría de que niños y jóvenes podrían prescindir de la mediación adulta en la educación y hacerse cargo ellos mismos de sus propios aprendizajes apoyándose sólo en la red de Internet; esto supondría dos ingenuidades; la primera es pensar que los diversos programas o la propia red no tienen de por sí una mediación de quienes construyen día a día sus contenidos; la segunda, es no reconocer que en muchos casos la web está llena de falsedades y trampas. En esta idílica visión del aprendizaje “a solas” también se presupone que habrá un fin de la docencia tal como se la reconoce en la actualidad, que las instituciones educativas serán reemplazadas por una red informática en la que ya no se transmitan conocimientos sino que se enseñen estrategias de búsqueda de la información confiable, asumiendo que lo único importante para los estudiantes sería saber dónde conseguir la misma, o cómo organizar una base de datos para luego poder apropiarse de determinados conocimientos y aprender a trabajar con ellos. Creo yo una utopía y una deshumanización de la enseñanza.

Esta visión que puede ser considerada romántica, aunque yo me animaría a decir totalitaria de la educación, no considera que en Internet coexisten conocimientos muy valiosos con millones de páginas inútiles, experimentales y peligrosas, donde personas absolutamente desconocidas plasman un sueño, mienten sin control, crean contenidos inadecuados para determinados grupos etarios, se exponen riesgosamente amparados

(2) GVIRTZ, Silvina - NECUZZI, Constanza. *Educación y Tecnología. Las voces de los expertos*, Compilación ANSES 1ª ed., Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2011, p. 43.

en el anonimato, ensayan su subjetividad, despliegan sus gustos y placeres, expresan muchos conceptos racionales o irracionales sin esperar respuesta alguna, espían y son espiados, se ríen del mundo y de sus semejantes, quieren ganar dinero, fama o esperan ser vistos; todo esto convive de manera muy dispar.

En síntesis, y más allá de que se generen intentos inverosímiles por prescindir o disminuir la labor de los docentes, la intermediación del profesor siempre será vital para llegar a alcanzar los objetivos principales que tienen los centros de formación. Esto no implica de mi parte una defensa corporativa a la función docente ni mucho menos, sino que se constituye en una interpretación de su incalculable valor que tiene para la educación. De todos modos, y asumiendo todos los riesgos que suponen las externalidades negativas mencionadas anteriormente, no se puede desconocer que quizás el desafío más importante de estos tiempos para aquellos que ejercemos día a día el magisterio de la docencia en las aulas y frente a los alumnos, sea desaprender determinadas estrategias de enseñanza que han quedado vetustas frente a los avances tecnológicos, y animarse, por qué no, a aprender y poner en práctica otras maneras de plantear el evento pedagógico, utilizando nuevas herramientas que están disponibles y al alcance de las manos.

Otro aspecto muy preocupante de la discusión, y que ya fue esbozado previamente de manera parcial, es la resistencia de buena parte de los docentes a la incorporación de las TICs porque ello obliga no sólo a un replanteo de los criterios clásicos de enseñanza, sino también a la entrega de parte del “poder” del aula a “especialistas en tecnología”, que curiosamente pueden ser sus propios alumnos. Si bien es normal la resistencia al cambio, y hasta diría propia del cualquier ser humano que ve peligrar su trabajo, la Universidad debe hacer un esfuerzo en esa dirección trabajando con los docentes. Está claro que el desafío obliga a una preparación diferente, a un nuevo aprendizaje y a un esfuerzo adicional a las cargas usuales y cotidianas, pero ello no puede paralizar la incorporación de nuevas formas de transmitir información; los profesores deberíamos comprender que utilizando las nuevas tecnologías podemos también sentirnos liberados de la tarea rutinaria tradicional, llevando adelante un proceso de orientación y conducción del aprendizaje mucho más dinámico y efectivo. Ante estos nuevos patrones didácticos que nos aporta la tecnología, la función de los docentes puede ser aún más útil, ya no desarrollando todo el programa de una materia de manera teórica y a través de las “clases magistrales” tal como estamos acostumbrados en la Universidad, sino que se puede hacer la misma tarea con medios más apropiados y eficaces que sean atractivos para los alumnos. Entonces, los docentes, sea de manera individual o como equipo de cátedra en los que suelen convivir distintas generaciones, pueden encarar un trabajo verdaderamente profesional y creativo, orientando a los alumnos a la lectura y a la investigación sobre la problemática de la asignatura, la que usualmente trasciende ampliamente a los contenidos establecidos por un programa.

Claro que no es posible hacer semejante tarea de un día para otro, ya que se trata de un proceso largo y gradual que requiere predisposición, mucho diálogo, paciencia y respeto por la diversidad, sin descuidar que existe una fuerte carga intergeneracional; los docentes de mayor edad, poco acostumbrados al uso de estas tecnologías, tendrán lógicamente más dificultades para adaptarse al nuevo instrumental pedagógico. No

se trata de formar “nuevos expertos,” sino de ir familiarizándolos de a poco. Incluso, y en la mayoría de los casos sin darse cuenta de ello, hay docentes que tienen una gran capacidad para poner en marcha los nuevos procesos, pero son históricos refractarios al uso de la imagen, ya que la consideran una forma de “degradación” de la dignidad académica, dignidad que a su juicio sólo puede mantenerse a través de la comunicación oral y la lectura de la bibliografía sugerida. Esta actitud también debe ser tenida en cuenta en el proceso, ya que es comprensible y lógica, porque generalmente los docentes enseñan de la misma manera en que fueron enseñados, y es de reconocer que una muy buena parte de los profesores, salvo contadas excepciones, han recibido una educación basada en el “verbalismo” durante toda su formación, y especialmente en su preparación profesional o universitaria.

Cuando se logren avances en derribar los prejuicios y las razonables preocupaciones de los docentes a las cuales ya me he referido, vendrá la parte más valiosa, que es el trabajo de orientación y guía propio de la función de los educadores, y para que éste sea exitoso, será necesaria la colaboración y una amplia participación de todos los actores en la planificación y producción de los novedosos materiales necesarios, la mayoría de ellos de características audiovisuales, particularmente de los alumnos que tienen un manejo sólido de la tecnología adecuada para confeccionarlos; de esta manera irá apareciendo un trabajo mancomunado y participativo, en el que se reflexionará concienzudamente sobre la mejor manera de prepararlo y presentarlo en base a las inquietudes del grupo o del individuo al que van destinados.

Otro aspecto muy interesante a tener en cuenta en el momento de la deliberación es el siguiente. La educación en el ámbito universitario ha sido caracterizada históricamente por algunos expertos muy reconocidos como de “rigurosos perfiles”, lo cual supone una visión antigua que presume una distancia importante, casi infranqueable, entre el saber de quien enseña y de quien aprende; claro que los expertos no están de acuerdo con esa posición, pero advierten sobre ella, pues quienes mantienen este esquema ya perimido y superado por la pedagogía moderna, generan en el aula un clima tenso, distante y poco proclive a la participación; el efecto es que muchos alumnos no preguntan ni opinan por temor a que sus cuestionamientos o pensamientos sean tomados por sus pares, y a veces por el profesor, como un reconocimiento expreso de una falta de sentido común sobre cuestiones básicas que se están exponiendo, lo que le avergüenza y le intimida. Justamente las nuevas prácticas pedagógicas, en las que las TICs juegan un rol preponderante y facilitador, si son bien usadas, permiten disminuir esa brecha en la relación humana entre alumno-docente, y los resultados pueden ser muy prometedores.

Pero hay que reconocer que con la sola incorporación de las prácticas pedagógicas nuevas no alcanza. El rol del docente es central, y es justamente en el aula donde él debe incentivar a los estudiantes a participar del proceso educativo sin miedos, lo que seguramente irá elevando la autoestima y les dará más seguridad a los mismos; de lo contrario el resultado es poco efectivo para ambos; el alumno porque no siente la confianza de un trato considerado y estimulante para aprender, mientras que el educador porque presiente que no logra transmitir como quisiera los contenidos de su asignatura. Es cierto que el proceso de incentivación suele ser complejo debido a la heterogeneidad del grupo de estudiantes que tiene a cargo un docente, más aún en

el ámbito universitario donde la procedencia y la formación previa de los alumnos es muy variada, lo que hace difícil establecer pronósticos precisos sobre la respuesta que se va a conseguir ante determinadas circunstancias disparadoras en el aula; más allá de esta limitación, vale la pena ponerlo en marcha, y se puede medir su efectos a través de las encuestas estudiantiles, a las cuales hay que prestarles mucha atención.

Las nuevas tecnologías de información y comunicación se presentan cada vez más como una necesidad en el contexto de una sociedad donde los rápidos cambios, el aumento de los conocimientos y las demandas de una educación de alto nivel constantemente actualizada se convierten en una exigencia permanente para los docentes, quienes en muchos casos se exponen frente a los alumnos en una situación desventajosa desde el punto de vista tecnológico, simplemente porque los jóvenes tienen una habilidad innata en ese campo, ya que desde muy niños se familiarizan con ellas. Como bien dice el Profesor Nicholas Burbules, integrante del Departamento de Políticas Educativas de la Universidad de Illinois Urbana-Champaign (en la misma Universidad es director del Instituto de Aprendizaje Ubicuo (ULI) y director educativo del National Center on Professional and Research Ethics NCPRE) *“en ningún período de la historia, y en un aspecto tan central de la educación, sucedió que los estudiantes solieran saber más sobre algo que los docentes. No es la situación típica de la educación. Pero la tecnología es un aspecto en el que los expertos son los estudiantes. Esto trae algunas consecuencias. Por un lado, existe una pérdida sensible de control. Sucede que, en muchas ocasiones, los docentes no saben qué es lo que los estudiantes están haciendo. Por otro lado, ocurre que una de las razones por las cuales las personas deciden ser docentes radica en que tienen confianza en sus conocimientos; y en este contexto, resulta difícil admitir que ciertas cosas no se saben o no se conocen, particularmente, en relación con sus alumnos. Los docentes ven que éstos se manejan rápido, con confianza... Incluso, a veces, necesitan ayuda de ellos cuando están manejando tecnología en el aula. ¿Cómo superar esta cuestión?: dejando de lado algunos prejuicios, como que los docentes deben ser los expertos. Probablemente, deberíamos pensar en una relación de partnership (pareja), en la cual ambas partes estén realizando una contribución activa para el éxito del intercambio”* (3). De este comentario surge una de las principales preguntas que se deberían hacer los jóvenes estudiantes ¿quiénes son los mejores docentes, los grandes expertos que hablan su mismo idioma o aquellos que le generaron interés en el aprendizaje? Seguramente la respuesta no será tan simple y categórica, pero debe ser atendida por quienes tienen a su cargo la evaluación de las políticas universitarias.

Pero volviendo a la preocupación principal de este artículo, que es el desafío de la educación frente a los avances tecnológicos y a la incorporación de las TICs, intentaré encontrar, o al menos acercarme, al origen, a la etiología de esta problemática, y las advertencias que se vienen haciendo desde hace ya un tiempo.

Uno de los primeros aportes en este campo fue el del politólogo Giovanni Sartori (4), quien ya se ocupaba incipientemente de este tema en uno de sus libros más conocido,

(3) GVIRTZ Silvina y NECUZZI Constanza. *Ibidem*, p. 23.

(4) Especialista en Ciencias Sociales nacido el 13 de mayo de 1924. Premio Príncipe de Asturias 2005 y Honoris Causa por la Universidad Autónoma de México en 2007.

“*Homo Videns. La sociedad teledirigida*”, el cual fue publicado en 1997; vale la pena comentar algunos trazos principales de esta obra tan lúcida, a pesar que en vista de los enormes avances tecnológicos desde ese año a la actualidad pueda parecer casi de la prehistoria; las palabras del autor en su trabajo presagiaban un futuro casi apocalíptico de cara al futuro y arremetían contra la consolidación de una sociedad dominada por la cultura de lo visual; Sartori estaba convencido de que el culto a la imagen, que crecía geoméricamente, desterraría rápidamente a la palabra escrita y prevalecería lo visible por sobre lo inteligible. A juicio del florentino, la revolución tecnológica que transformó y sigue transformando día a día al mundo, particularmente a la educación, implicaba que el *homo sapiens*, es decir aquel ser capaz de reflexionar y generar abstracciones, se haya ido convirtiendo con mucha prisa y sin pausa en un *homo videns*, es decir una criatura que mira pero que no piensa, que ve pero que no entiende.

El proceso, según Sartori, comienza desde la infancia, cuando la televisión se transforma en la primera escuela del niño; a través de ella se educa en base a imágenes que lo llevan a pensar que lo que se observa es lo único que existe; así, la función de la palabra va quedando relegada ante la representación visual y el niño se forma viendo y no leyendo. Es de aclarar que Sartori nunca cuestionó al *homo ludens*, es decir a aquellas personas que desean distraerse y pasar un buen momento, sólo eso, frente al televisor. Lo que más le preocupa es el hombre del futuro, cuya concepción del mundo se ha vuelto una caricatura que le hace conocer la realidad por medio de imágenes y la reduce a ellas. Así, con el paso del tiempo su cualidad para administrar los acontecimientos queda condicionada a lo visible y su capacidad de abstracción es sumamente pobre, no sólo en cuanto a palabras propiamente dichas, sino sobre la riqueza del significado de esas palabras; los conceptos van quedando sumergidos entre colores, formas y secuencias, dejando a un lado la asimilación de esas palabras, las cuales para ser interpretadas en su verdadera dimensión, requerirían de un conocimiento y un lenguaje previo adecuado del cual lamentablemente se carece. Se podrá coincidir o no con estas observaciones de Sartori, lo que parece difícil es ignorarlas en los debates sobre el impacto que tiene esta nueva cultura en el campo de la educación.

Desde la aparición del libro de Sartori ya han pasado 18 años y el problema se ha complejizado de manera significativa; ya no es sólo la Televisión en donde reina la imagen por sobre la palabra, sino también la web, los celulares, con todas sus prestaciones, las tabletas y algunas redes sociales, las cuales crecen a un ritmo exponencial. Las instituciones educativas se enfrentan a esta problemática que afecta a los alumnos, y deben dar una respuesta acorde al rol que les cabe en la sociedad, ya que nacieron para proporcionar información y facilitar el conocimiento; lo curioso es que ahora compiten con fuentes de una “increíble credibilidad”, valga la ironía, como son la TV, los buscadores de la web y las redes sociales, cuyo objetivo no es formar, educar ni incentivar, sino capturar audiencias para venderlas a sus anunciantes. Es interesante recordar que la Televisión es considerada la tercera actividad en tiempo empleado, después del trabajo y el sueño, en la mayoría de los habitantes de los países occidentales; esto, el reinado de la TV era justamente lo que le preocupaba a Sartori.

¿Cuál es mi sensación en base a la una larga experiencia de aula frente a alumnos universitarios? Que hay que aprovechar los extraordinarios avances tecnológicos como herramientas que faciliten incentiven y ayuden a enseñar y aprender; que hay que persuadir a los docentes para que incorporen de a poco las TICs, tratando que sus clases sean más amenas y participativas; pero primordialmente, y más allá de la tecnología puesta al servicio de la educación, hay que rescatar el valor de las ideas y volver a la pedagogía de la pregunta; esa es nuestra misión. Es decir, debemos recuperar la vieja *mayéutica socrática*, aquella que permitía acercarse a la verdad mediante la reflexión y la conciencia crítica, campo en el cual no tiene acceso la tecnología por más avanzada que ella sea. Es de recordar que Platón sostenía que el arte que proponía su maestro era similar a la labor que llevaban a cabo las comadronas que ayudaban a dar a luz, pero difiere en que no hace parir niños, sino a “hombres” pensantes, tomado el concepto “hombre” como especie; además cultiva el alma y el espíritu, no el cuerpo.

La mayéutica socrática está estrechamente vinculada a una concepción “constructivista” de la educación, donde se asume que el aprendizaje es en sí mismo motivador cuando el alumno disfruta realizando la tarea o trabajando nuevos contenidos, en contraposición al aprendizaje “mecánico o memorístico”, ya que quien recibe la información la entiende y le encuentra sentido, interiorizándola y haciéndole parte de su bagaje personal de conocimientos. En este proceso se puede vislumbrar el valioso rol del docente. Cuando el estudiante disfruta realizando una tarea se genera una motivación intrínseca que va mucho más allá de la motivación extrínseca de obtener una buena calificación, y es allí donde pueden aflorar una variedad de emociones positivas placenteras muy beneficiosas para el aprendizaje. Esa motivación puede tener como uno de sus fundamentos principales al aporte tecnológico, el cual, como ya se expresó anteriormente, puede ser muy útil, fundamentalmente porque los jóvenes se sienten más cómodos y confiados en ese mundo “virtual” que tan bien conocen y manejan. Pero la guía y el acompañamiento del maestro son insoslayables.

La tecnología nos ofrece una variada gama de medios para utilizar en beneficio de la educación, la formación y el futuro, no sólo de los estudiantes, sino también de nosotros mismos; pero también hay que tener conciencia de que los medios que ella nos brinda no pueden ser tomados como si tuvieran un valor absoluto; la tecnología debe ser utilizada en plenitud, pero conociendo sus propios límites, nunca para suplir nuestro esfuerzo o nuestra desidia.

Es cierto que los docentes siguen sabiendo muchas cosas que los estudiantes no saben, ya que están en proceso de formación; pero también es real y fácilmente verificable que los estudiantes tienen conocimientos que los docentes no poseen, principalmente en el área tecnológica. Esto que inicialmente puede ser considerado un desequilibrio, se puede aprovechar en beneficio del conjunto utilizando las ventajas comparativas de unos y otros; sin perder la jerarquía y el respeto que se deben “educadores” y “educandos”, los profesores deben respetar los conocimientos de los estudiantes, e incluso aprender de ellos en todo lo que nos puedan ilustrar, mientras que los alumnos deben respetar los conocimientos y la experiencia profesional y de vida de los docentes, que si se logran transmitir correctamente pueden inspirar y motivar de una manera asombrosa.

Por último quisiera hacer foco y aclarar la confusión habitual entre “información” y “conocimiento”, lo cual es indispensable para alcanzar los objetivos en materia educativa. Lo que hacemos los docentes es transferir de la mejor manera posible información sobre una materia o un área, pero el conocimiento es algo más personal que implica que esa información sea interiorizada e integrada a las estructuras cognitivas del sujeto, y para ello la tecnología ayuda mucho, pero no alcanza. Por más voluntad que tengamos, no podemos implantar conocimientos de manera automática en el cerebro de los alumnos, sólo intentamos transmitir información de la manera más didáctica posible, la cual puede o no ser convertida en conocimiento por el receptor en función de diversos factores, entre ellos la formación previa, el esfuerzo individual, la lectura y una adecuada alimentación que les garantice los nutrientes necesarios.

En este marco de respeto, cooperación y aprendizaje mutuo, también es parte de nuestra misión concientizar a nuestros alumnos que la tecnología nos hace la vida más cómoda, pero no garantiza que ella sea más humana; nos hace la vida más rápida, pero por ello no más plena; nos genera diversión virtual durante un tiempo, pero no felicidad eterna; estos conceptos quizás aparezcan como abstractos en un mundo que gira a un ritmo alocado, pero desde mi punto de vista dejarlos a la vista es inherente a la función del docente, porque estamos formando no sólo profesionales, sino seres humanos, que con sus errores y virtudes, sus grandezas y limitaciones, son el futuro del país. Ergo, hay allí una gran responsabilidad.

Pero para alcanzar este objetivo, primero hay que vencer y luego inmunizarse de un antiguo vicio argentino, “la omnipotencia de las certezas”; esto implica animarnos a cuestionar y poner en evidencia a quienes creen saberlo todo, a aquellos que con soberbia y altanería intentan marcar un único camino dejando sin espacio a la “duda”, duda que es uno de los principales alicientes para la investigación y el desarrollo personal.

En conclusión, podría decir que los factores que inciden sobre el éxito o no de los estudiantes universitarios son muy variados y complejos, ya que además de las posibilidades que se les brinda en el campo humano y tecnológico, los resultados dependen de una serie de aspectos que son propios a cada alumno, y tiene que ver con la formación previa, el status social y económico de la familia de la cual provienen; esto de ninguna manera es elitista, sino un reconocimiento de que el pasado de cada estudiante lo condiciona, pero este hecho no es determinante para el futuro, y es función y obligación de la Universidad ejercer una tarea tendiente a equilibrar, o al menos reducir sustancialmente esas asimetrías. En un contexto complejo como el universitario, particularmente de la Universidad pública, donde conviven alumnos muy diversos, locales o provenientes de diferentes lugares de nuestro país, la tecnología bien utilizada puede jugar un rol decisivo en esta tarea. Un adecuado y prudente uso de las TICs en el ámbito educativo de las Universidades se puede asociar a mejores resultados académicos y potenciar la formación de habilidades relevantes aún no descubiertas. Es un rol promotor donde los docentes tenemos la gran responsabilidad de orientar y proveer criterios para aprovechar al máximo el potencial de cada uno de esos alumnos, que cuando se sientan en un banco frente a nosotros están llenos de sueños, y no quieren ser sólo objetos, sino que desean transformarse en sujetos de la historia.